En el barrio Esperanza el 56 % de estas personas viven de forma precaria. Muchas familias tienen una sola habitación (el 71 %), no tienen agua potable (el 80 %). Solo el 34 % de la población tiene acceso a instalaciones para lavarse las manos.

La prevalencia de otros trastornos sanitarios entre la población, como el VIH/sida, la tuberculosis, la malaria y la malnutrición, hacen que la población sea especialmente vulnerables al contagio. La enfermedad aún no se entiende del todo. Dadas las mínimas capacidades para realizar análisis y notificar casos, es posible que los datos oficiales no estén reflejando todos los casos de COVID-19

La pandemia ha exacerbado aún más las desigualdades de género y la violencia doméstica se ve agravada por los confinamientos impuestos.

En el barrio Esperanza la mayoría de las personas se ganan la vida en la economía informal. La pandemia del COVID-19 ha provocado el desempleo, la pérdida de puestos de trabajo y la destrucción de la riqueza muy pronto, incluso antes de que se manifestaran los efectos en la salud.

El cierre prolongado de las escuelas de todos los niveles educativos, sumado a las dificultades económicas generalizadas, puede dar al traste con las aspiraciones y las posibilidades y exacerbar las desigualdades.

Aunque los teléfonos móviles pueden servir de apoyo, alrededor del 40 % de los jóvenes estudiantes viven en zonas sin cobertura de las redes de telefonía celular, y los porcentajes de acceso siempre son peores en el caso de las niñas y las mujeres. Incluso en los casos en que se proporcionan computadoras, estas inversiones no dan todo el resultado esperado debido a la escasa fiabilidad del suministro de energía y las deficiencias en la conexión a Internet, junto con los costos financieros. Un mejor acceso a Internet puede reducir las disparidades en el acceso a la educación gracias al aprendizaje continuo, y puede proporcionar una fuente vital de información y sensibilización sobre la pandemia